

Prefacio

La idea inicial de este ensayo fue concebida antes de mi llegada a Chile, si bien el texto fue escrito casi en su totalidad en la hermosa ciudad chilena de Valdivia, donde la naturaleza luce todavía esplendorosa y convive pacíficamente con los humanos, lo que resultó determinante y marcó el sentido final del libro. Y quisiera destacar esta afirmación que enfatiza ese vínculo amistoso entre Valdivia y la naturaleza, a pesar de que admite muchos matices e implica no pocos riesgos, tanto por los conflictos y amenazas medioambientales que vive el país, como por las huellas devastadoras del terrible terremoto de 1960 que pueden aún observarse en esta bella ciudad fluvial del sur de Chile. Y sin embargo, es para mí imprescindible mantener ese énfasis y asumir esos riesgos, si quiero presentar el contenido de este libro y matizar el sentido de su título, que apunta a la muerte de la naturaleza, anterior a la nietzscheana muerte de Dios y a la foucaultiana muerte del hombre, pero acallada por el estruendo de los celebrados funerales de ambos.

El libro es en cierto modo un regreso a la tumba vacía que ya visité en *La herida de Spinoza*, donde se afirmaba que una vez extinta la naturaleza lo único que nos quedaba para recuperar su riqueza era el rastro dejado por los afectos. De eso se ocupaba la ética o debiera ocuparse, aunque no ha solido hacerlo durante los últimos siglos, salvo escasas excepciones, entre las que destaca como una cumbre la obra de Spinoza. Pero lo cierto es que la estética tampoco es ajena a esa cuestión. La hipótesis que guía y que alimenta este ensayo descansa, por ello, en esa pérdida de la naturaleza, pérdida a la que considera el motor y la razón de ser de lo que llamamos estética y de lo más propio del arte moderno. Esa hipótesis, con la que juega desde la ambigüedad el título, se convierte así en una clave que permite abordar la pregunta simple, y creo que

nunca del todo resuelta, de por qué el arte dejó de imitar a la naturaleza. En definitiva, de por qué se pasó de la *poética* a la *estética* como disciplina. Como hipótesis vincula de forma ineludible la ética con la estética y permite confirmar una vez más la enigmática sentencia con arreglo a la cual no hay ética sin estética.

Es también esa idea la que ha determinado la estructura y los distintos capítulos de este ensayo, como si se tratara de una novela de misterio en la que el detective, deambulando entre las obras y los artistas, indagase en vano en busca del cuerpo del delito. Esa búsqueda se inicia en torno a la metáfora de la ausencia, que de un modo notable comparten obras tan característicamente modernas como *Hamlet* y el *Quijote**. En sucesivos capítulos estrechamente vinculados, pero que tal vez puedan leerse también de forma independiente, el lector encontrará las huellas de la naturaleza ausente en el emerger de la estética en el siglo XVIII o en su consolidación en el Romanticismo. El Romanticismo será como un umbral desde el que transitar hacia las vanguardias, en un recorrido a través de la estética de lo siniestro o de las obras anómalas de Hölderlin y Sade, para, tras un intenso y oscuro remanso junto a Poe y Baudelaire, alcanzar una nueva estación en la mirada de Nietzsche. Ese recorrido será también el fondo contra el que se recorta el paradójico perfil de Heidegger y Benjamin, dos referentes ineludibles del pensamiento sobre el arte contemporáneo, que coinciden en hacer de la ausencia, cada uno a su modo, un elemento constitutivo de la obra de arte y en ambos casos en relación con la técnica. Desde ahí el libro desemboca en la cuestión de la posmodernidad y en la de la condición del arte en la era digital, para enfrentarse una vez más a ese enigma interminable que ha acompañado al arte moderno al menos desde Hegel: la afirmación de su final.

En todo caso, el lector debe saber que no se pretende ofrecer aquí una historia ni tampoco un tratado de estética, aunque se pueda leer, desde luego, como una pequeña introducción a la misma. No es tampoco el libro erudito de un especialista en la historia del arte. Se trata

* Este primer capítulo vio la luz, en una versión algo diferente, en la Revista *Isegoría* (47) 2012. La versión final del capítulo, así como el resto inédito del libro, se ha beneficiado de las investigaciones desarrolladas en el marco del Proyecto Fondecyt 1130533 *Romanticismo: entre Revolución y Restauración* del que soy responsable.

solo de la reflexión de un historiador de la filosofía y que desde sus primeros pasos en la vida académica se ha topado ineludiblemente con la estética y con el arte. O incluso antes, como inevitable espectador, lector y oyente. Por lo demás, en cierto modo constituye también un modo de saldar una vieja deuda, pues fue desde la estética como hace ya bastantes años llegué a la filosofía del Idealismo alemán.

Valdivia, 8 de mayo de 2013